

---

## ENTREVISTA

# PREMIO NACIONAL DE ARQUITECTURA 1995

---

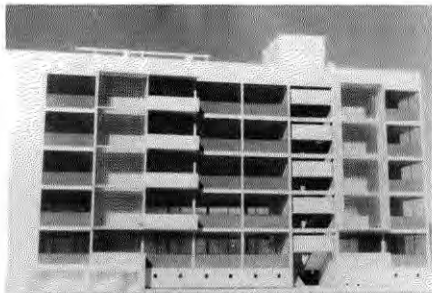
MARIANA GUTIERREZ VERA  
PERIODISTA

En el sillón de la Rectoría de la Universidad del Bío Bío sorprendió a Roberto Goycoolea Infante la noticia de su designación como Premio Nacional de Arquitectura. Un reconocimiento que él comparte tanto con quienes le han colaborado a lo largo de su carrera como con aquellos que, como él, desarrollan su quehacer en provincia. Un galardón que también le llena de satisfacción porque corona una dilatada trayectoria profesional, gremial y académica.

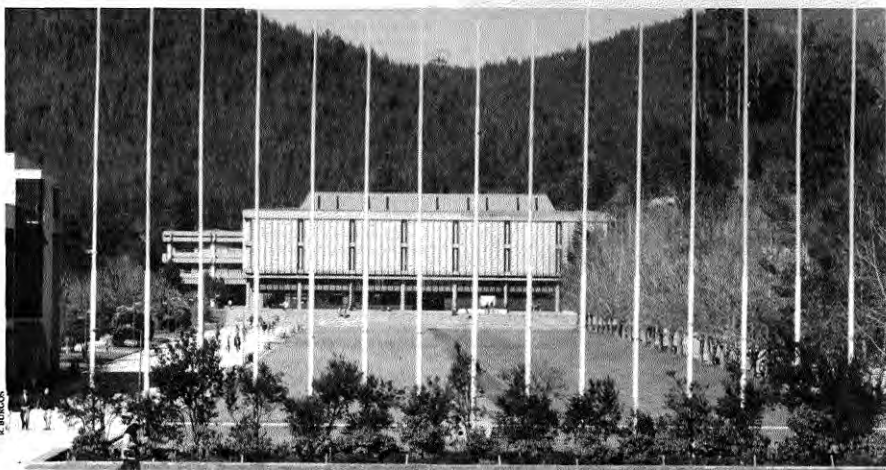
Sumergido en las labores propias de la máxima autoridad de una casa de estudios superiores, reconoce que echa de menos el ejercicio de su profesión. Una especie de nostalgia que se agudiza mientras prepara la muestra que como Premio Nacional le corresponde presentar en la Bienal de Arquitectura y que, quizás, le ha servido para mirar hacia atrás y recordar distintos momentos de su vida.

### INFANCIA Y ADOLESCENCIA

Hijo del médico Fernando Goycoolea y de Gabriela Infante, el Premio Nacional de Arquitectura 1995 nace en Santiago el 29 de agosto de 1928.

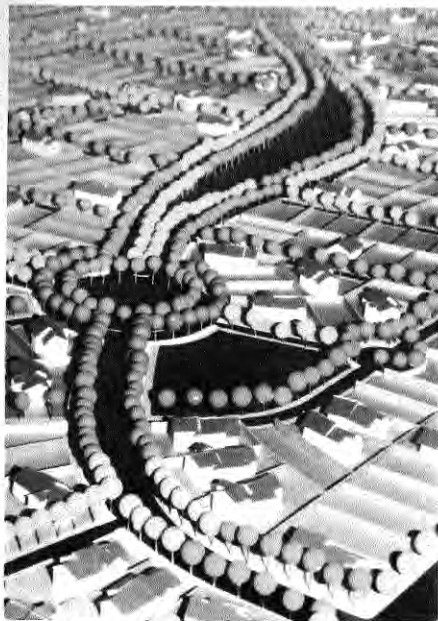


1962. Edificio Lanalhue, con E. Duhart H.



E. DUHART H.

1961. Biblioteca Universidad de Concepción, con E. Duhart H.



1990. Panque Universitario. Talca, con C. Jara.

Luego de pasar sus primeros años en el centro de la capital, se trasladó junto a sus padres y su hermana menor a lo que entonces eran los extramuros de la capital, poco más allá del Canal San Carlos. Esa sería la primera de una serie de mudanzas que lo llevan a vivir en distintos puntos de la metrópolis. La plaza Santo Domingo, una casona en Providencia con Manuel Montt y la calle Boonen Rivera, además de una parcela de agrado en el sitio donde actualmente se levanta el bowling de Apoquindo, son los mudos testigos de sus días de infancia, adolescencia y juventud.

La muerte de su hermana María Eliana, en 1935, marca su vida infantil y, junto con dejar estampada en su memoria penosas escenas familiares, le acerca por primera vez al mundo de los planos y la construcción. La frustración provocada por la prematura partida de la pequeña María Eliana lleva a su padre a abandonar la medicina por un año y dedicarse a la formación de empresas forestadoras de pino insigne y a la compra y remodelación de casas y edificios. Esta afición paterna por la arquitectura es heredada por el primogénito, aunque ha de pasar todavía algún tiempo antes de concretarse en una carrera profesional.

Después de estudiar en el Colegio San Ignacio y el Instituto Humanidades de Santiago, en 1945 Roberto Goycoolea ingresa a la Escuela Militar; una decisión al comienzo no muy voluntaria: «el primer semestre lo pasé horrible», confiesa ahora -pero que a la larga le sirve para aquilatar valores como el compañerismo y, con el apoyo del que más tarde se convertiría en el general Javier Palacios Ruman, superar una aguda dislexia que le había hecho hasta entonces un pésimo alumno. En la institución castrense conoce a Germán Bannen, Federico Lorca, Fernando Silva y Mariano Puga, quienes también ingresarían a estudiar arquitectura. Así, tras una carrera militar de apenas tres años, se incorpora a la Escuela de Construcción Civil de la Universidad Católica. Sin embargo, obtenido el título correspondiente y habiendo desarrollado ya algunos proyectos, incluso junto a su padre, se da cuenta de que su verdadera pasión es la arquitectura.

#### EL ESTUDIANTE

En 1952 inicia los estudios que le llevarían a su vocación definitiva. Paralelamente trabaja en diversas oficinas, como la de Eduardo y Jorge Costabal y la de Horacio Acevedo, con quienes colabora en importantes proyectos.

Es el mayor entre sus compañeros de Universidad, lo que sumado a la huella dejada por su paso por la Escuela Militar lo aleja un poco de la bohemia imperante, aunque no le impide convertirse en más de una ocasión en delegado de curso. En esos años, la Escuela de Arquitectura de la Católica funciona en la Casa Central, primero, y luego en dos antiguas casas en Villavicencio, cuyos dormitorios hacen las veces de talleres. El ambiente arquitectónico es muy rico, la relación entre docentes y estudiantes cercana y personal y la convivencia en general resulta agradable para todos. «Dos veces, profesores llevan sus proyectos a la Escuela para recibir las críticas de sus alumnos. Así de asertivo es el trato», cuenta Roberto Goycoolea. Entre sus maestros, casi todos unidos por el pensamiento teórico moderno, el actual Premio Nacional recuerda especialmente a Héctor Valdés, Jorge Aguirre, Mario Pérez de Arce, Piwonka, el Decano Sergio Larraín y Emilio Duhart. Tampoco olvida la influencia ejercida por Joseph Albert, ex-profesor Bauhaus.

Alumno destacado, su proyecto de título «Remodelación Población Los Nogales», realizado junto a Pedro Fontaura, Christian de Groot, Jaime Martínez y el seminarista Fernando Gatica, es seleccionado para participar en la Bienal de Sao Paulo. Son láminas de un metro 10 por dos metros 30, tan grandes que deben presentarlas en el Gimnasio de la Universidad. Y por primera vez -quizás la única- se entregan los títulos antes de corregir el proyecto. Un partido de básquetbol que se realizaría en el local impide la evaluación de lo presentado y ante la urgencia de los egresados -Fontaura debía partir a Alemania haciendo uso de una beca, Cristián partía al M.I.T., Gatica tenía que regresar al seminario, a Martínez le esperaba un puesto en el Banco Chile y yo, sin «pegar» y ya con un hijo y otro que nacería al día siguiente», explica Goycoolea, el Decano decide otorgarles primero los certificados de título y, más tarde, la nota. Posteriormente, el proyecto es enviado por la Facultad al concurso para egresados del Congreso Latinoamericano de Estudiantes de Facultades de Arquitectura, CLEFA, obteniendo medalla de oro.

Con su título en la mano, el ahora Premio Nacional de Arquitectura comienza a trabajar en la oficina de sus ex-profesores Emilio Duhart y Sergio Larraín quienes «con una confianza inmensa» en el recién llegado, le encargan colaborar en el proyecto de un edificio de oficinas y casas para directivos del mineral de Coya.

#### TRASLADO A CONCEPCIÓN

Su posterior traslado a Concepción fue una «decisión impensable e



1961-62. Edificios Arauco y Lanalhue, Concepción, con E. Duhart H.

innegable». En 1959, después de participar en el proyecto ganador del concurso para el edificio de la CEPAL en Santiago, la oficina de Emilio Duhart -donde trabaja también Christian Santelices- se hace cargo del Plano Regulador de Concepción. Finalizado el anteproyecto, sobrevienen los meses de mayo de 1960 por lo que alguno de los capitalinos debía establecerse en la ciudad al menos por seis meses para asesorar a la Municipalidad en las tareas de reconstrucción. Una vez en el sur, el reencuentro con viejos amigos, los nuevos trabajos que van surgiendo y el ambiente amable le conquistaron. Así se transforma en un penquista más, compenetrado a tal punto con su comuna que en 1972 recibe el Premio Municipal de Arte y poco más de veinte años después es distinguido con la Medalla al Mérito Pempopolitano «Doctor René Louvel», como vecino ilustre.

En el plano regulador de la ciudad formulado en los primeros años de los '60, visualiza la entonces casi utópica y hoy muy concreta industrialización de la zona sobre la base del pino insignie y la pesca; la necesidad de desarrollarse de cara a la Cuenca del Pacífico e integrarse con una Argentina que requeriría de puertos de salida hacia el oriente, y la interconexión de las centrales hidroeléctricas del país. Es primera vez que se habla de una Región del Bío Bío, para cuyo gobierno se da incluso una ubicación, en el borde del río del mismo nombre. Para la ciudad propiamente tal, este plano regulador propone recuperar la ribera del Bío Bío mediante una costanera y un parque en todo su borde, conectado al Parque Ecuador y el Barrio Universitario. Además, plantea la recuperación de las lagunas penquistas. Actualmente, en mayor o menor medida, todos estos grandes proyectos se están realizando y, como lo espera Goycoolea, deberían culminarse en los próximos años.

Mientras tanto, Concepción ya sirve de escenario a numerosas iniciativas arquitectónicas de los Premios Nacionales Emilio Duhart y Roberto Goycoolea, como los colegios Charles de Gaulle e Inmaculada Concepción, la Biblioteca Central de la Universidad de Concepción, industrias y edificios de habitación en pleno centro de la ciudad. En 1971, Duhart se radica en Francia y su hasta entonces colaborador instala su propia oficina, en la que, entre otros, trabajan también los profesionales Luis Soto y Ramón Jofré. Desde allí proyecta condominios; el edificio Remodelación Catedral y construcciones de carácter religioso o social como el Santuario de María Auxiliadora y las Aldeas Infantiles S.O.S., que se levantan en su ciudad adoptiva, sus alrededores y otras ciudades. Además, en 1987 con motivo de la visita del Papa Juan Pablo II, proyecta y dirige la ejecución del altar y el campus habilitado para el oficio que celebra el Pontífice en Concepción. Pero sus afanes van más allá del campo profesional.

## LA UNIVERSIDAD DEL BÍO BÍO

En 1967, se suma a la iniciativa de crear una Escuela de Arquitectura surgida en el seno del Colegio de la Orden en la ciudad. El proyecto lo encabezan sus colegas Víctor Lobos Lopera y Alejandro Rodríguez y su objetivo es formar profesionales que respondan a las necesidades y características propias de la arquitectura regional. La inquietud es acogida por el Director de la Sede penquista de la Universidad Técnica del Estado, Francisco Aguayo, después de que fuera desechada por las autoridades de la Universidad de Concepción. Es el comienzo de un largo camino, no exento de grandes tropiezos.

Cuando se envía el decreto que establece la creación de la nueva Escuela es rechazado por la Contraloría. La Ley del Colegio de Arquitectos permitía entonces formar arquitectos sólo a la Chile, la Católica de Santiago y otras Universidades reconocidas por el Estado. Y, «cosa increíble» dice Roberto Goycoolea, «la Técnica no es reconocida por el Estado porque es del Estado». A pesar del apoyo del Colegio de la Orden, la Contraloría insiste en que es necesario cambiar esta normativa y, en una época de gran convulsión política, el gremio se opone a su modificación por temer a que el Congreso Nacional introduzca otros cambios a la Ley. Así, en sus primeros años la nueva carrera funciona al alero del Departamento de Mecánica, hasta que en 1974 un decreto presidencial basta para modificar el artículo que impide la formación de la Escuela de Arquitectura.

Las dificultades también se dan al interior de la Escuela. La primera discusión sería -señala el Premio Nacional- se produce cuando quien debía ser el primer egresado y había sido el mejor alumno en sus años de estudio, reprueba el proyecto final. En los primeros años de los '70, la Escuela tampoco puede sustraerse de las divisiones partidistas que caracterizan la época llegándose incluso a una ruptura entre grupos partidarios de una arquitectura poblacional y aquellos más generalistas.

Después del pronunciamiento militar, Roberto Goycoolea queda a cargo de la Escuela y echa a andar un nuevo plan de estudios basado en la discusión abierta con profesores y alumnos y que rige hasta la creación de la Facultad de Arquitectura de la nueva Universidad del Bío Bío. Posteriormente, en 1985 asume como Director del Centro de Desarrollo en Arquitect-



1993. El Rector Goycoolea presenta el Plan de Construcción 1992-1993 de la Universidad del Bío-Bío a las autoridades regionales.



1993.



Acceso principal Universidad del Bío-Bío, campus Concepción.

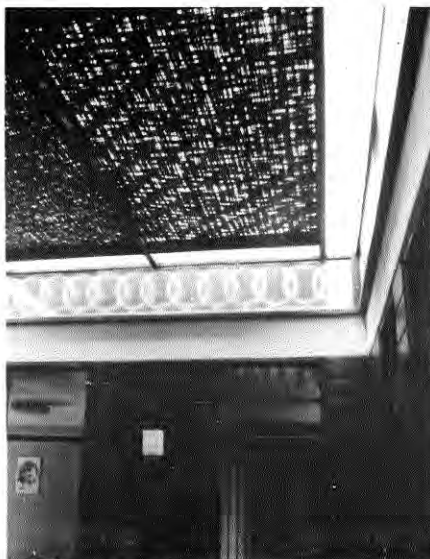


Edificio Facultad de Arquitectura, Construcción y Diseño, Universidad del Bío-Bío.



H. SAIZ

1964. Detalle edificio Inmaculada Concepción, con E. Duhart H.



1988. Detalle Aldea Infantil S.O.S. Arica, con C. Jara.

tura y Construcción de la UBB, desde donde inicia una serie de investigaciones sobre el empleo del pino radiata para teja, ventanas, paneles autoportantes y otros usos no convencionales. A su iniciativa se debe también el Fabelón Tecnológico de la Madera.

En 1990 es elegido democráticamente Rector de la Universidad, cargo para el que es reelecto en 1994. Como tal, dice, una de sus grandes satisfacciones es ver el desarrollo experimentado por esta casa de estudios «somos una Universidad que va hacia arriba», señala-, el apoyo de sus colaboradores y, quizás más que todo, el reconocimiento de los estudiantes, plasmado en el galvano que le entregaron al asumir su segundo período.

Actualmente, más allá de sus funciones como Rector, sigue ligado a la Escuela que ayudara a crear a través de la docencia en talleres, una labor que le resulta muy gratificante porque le permite un contacto cercano y personal con los jóvenes. En realidad, la formación de alumnos es parte de su vida desde hace más de cuatro décadas. Parte en 1951 como profesor de Dibujo Técnico en la carrera de Construcción Civil de la Católica de Santiago y poco más tarde como profesor ayudante de Urbanismo en la Escuela de Arquitectura del mismo plantel. Mientras está en la Escuela de la UBB combina también su quehacer directivo con la enseñanza en el taller de Diseño Urbano y Arquitectónico, logrando algunos de sus discípulos destacados lugares en concursos para estudiantes.

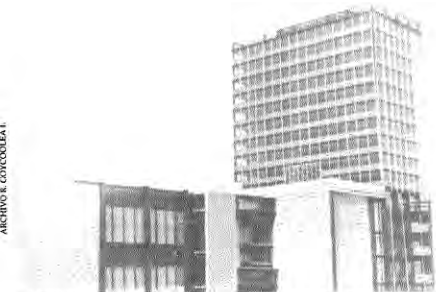
Como profesional, académico y cabeza de una Universidad le preocupa la proliferación de unidades formadoras de arquitectos. A fines de los '60 existían seis escuelas, hoy son alrededor de 28 configurando lo que él califica como «un desastre». A los nuevos titulados -dice- ya les es muy difícil encontrar trabajo y están asumiendo labores que antes desarrollaban constructores, dibujantes u otros colaboradores de los profesionales de la arquitectura.

#### LA FAMILIA

Su familia es quizás lo más importante para Roberto Goycoolea. Tal vez los tempranos embates que sufre junto a sus padres -a la partida de María Eliana, le sigue la llegada de otros tres hermanos de los cuales los dos varones mueren al momento de nacer- le hacen valorar más que otros la fuerza que proporciona la unión familiar. Como sea, el hecho es que su mujer, María Angélica, es figura principal en su vida.

A ella la conoce como compañera de su hermana en las Monjas Alemanas. En las fiestas de colegio ve por primera vez a esa «mini-lola» de Los Andes que estudia interna en la capital. Al principio, no le presta mayor atención, pero los años se encargan de transformar esa indiferencia inicial en un amor que perdura hasta hoy. En 1956, después de tres años de pololeo, apenas la joven termina las humanidades y cuando el entonces constructor y futuro arquitecto aún cursa el quinto año en la Universidad, se casan y se van a vivir a una ampliación de la casa de los Goycoolea Infante que le obsequian sus padres.

ARCHIVO R. GOYCOOLEA



1967. Edificio para la YMCA en Concepción, con E. Duhart H. Proyecto no construido.

«Es una época dura para María Angélica. Su madre muere en un accidente y como yo trabajo en mi proyecto de título debe pasar mucho tiempo sola. Incluso mi segundo hijo, la única mujer, nace un día después de la presentación del proyecto mientras yo, rendido por el cansancio acumulado, dormía en algún lugar de la clínica», recuerda riendo el Premio Nacional.

La familia Goycoolea-Prado se completa con la llegada de otros cuatro hijos. Se trata, sin lugar a dudas, de una familia en la que predominan los arquitectos de la Universidad del Bío Bío: lo son dos de sus hijos, Roberto y Fernando; la esposa de éste último, Mildred; y un yerno, Julio César, cónyuge de su hija Carolina, educadora diferencial. Sus otros hijos, Pedro, Claudio y Sebastián, son ingeniero civil mecánico, magister en Biología y estudiante de Ingeniería Industrial, respectivamente. «He tratado de ser un buen padre, aunque por mis múltiples ocupaciones el peso de la formación de los hijos lo ha llevado mi mujer. En todo caso, nos ha ayudado mucho el participar en movimientos de la Iglesia, primero en el Familiar Cristiano -a que nos incorporamos invitados por algunos de los viejos amigos que reencontramos al llegar a Concepción- y posteriormente en el Apostólico de Schoenstatt», manifiesta Roberto Goycoolea.

## SU FE

A su intensa vida familiar «nos reunimos cada vez que podemos, celebramos todos los aniversarios y cumpleaños», advierte él, el matrimonio Goycoolea-Prado añade una nutrida actividad apostólica en el movimiento de Schoenstatt, cuya rama Federación Nacional de Familias encabeza en la zona sur.

La cercanía a la Iglesia Católica, su fe, son, a no dudarlo, otro rasgo muy característico de este Premio Nacional. Es un convencido de que Dios creó al mundo en una forma inicial y que hay un plan divino muy determinado para la Humanidad, prueba de ello -dice- es que la Iglesia se mantenga en el tiempo «a pesar de todos los errores cometidos». Cree firmemente también que Dios entregó al hombre el imperativo de cuidar la Tierra, convirtiéndolo en una especie de co-creador. Bajo ese prisma, comparte la idea del desarrollo sustentable y posee la certeza de que las obras que realiza las comparte con «un socio tan grande como Dios, quien me ha ayudado a superar obstáculos aparentemente insalvables».

Esta fe es parte de su ser más íntimo y, de una u otra forma, intenta reflejarla en todo lo que emprende. Quizás, por ello afirma que en su obra arquitectónica pueden distinguirse distintos períodos, «pero si me preguntan cual me satisface más sin titubear digo las Aldeas S.O.S». Primero, porque son proyectos integrales, con viviendas, servicios comunes y un entorno proyectado. Además, y muy especialmente, porque son obras sociales. Ver que su arquitectura da bienestar y cobijo a niños solos o abandonados ha sido una de las grandes alegrías de su vida.



1969. Aldea S.O.S. Chaimivida



1977. Interior Santuario María Auxiliadora, Concepción, con Carlos Jara.



1969. Aldea S.O.S. Chaimivida.